

Bordeando el *Monte*

35

Publicación de la Secretaría de Medio Ambiente. Número especial enero 2016

DOM: La historia de Vita Blúmer

Laryza Zenyul Soto Rivas



La colección Bordeando El Monte es una publicación de la Secretaría de Medio Ambiente

Rubén Moreira Valdez

Gobernador del estado de Coahuila de Zaragoza

Eglantina Canales Gutiérrez

Secretaria de Medio Ambiente

Olga Rumayor Rodríguez

Subsecretaria de Recursos Naturales

Margarita Alba Gamio

Directora de Cultura Ambiental

Laryza Zenyul Soto Rivas

Ganadora de la categoría Juvenil del Premio Estatal de Cuento Naturaleza 2014

Texto

Proyecto realizado en colaboración con la

Coordinación General de Bibliotecas, Publicaciones y Librerías

Alfonso Vázquez Sotelo

Coordinador General de Bibliotecas, Publicaciones y Librerías

Ma. Eugenia Galindo Marines

Coordinadora

Jesús Guerra

Edición y corrección

Ricardo Calderón Ibarra

Diseño

Bordeando el Monte. Núm. 35. Número especial. Enero de 2016

La Secretaría de Medio Ambiente no se hace responsable del texto. Las ideas presentadas son responsabilidad del autor.

Tal vez había salvación. Tal vez no consideraron qué pasaría, no actuaron a tiempo. Sólo tal vez, y hasta el último momento, se arrepintieron de lo que le habían hecho. Porque en realidad ellos no sabían el valor de lo que tenían sino hasta que todo lo perdieron.

Cuando la Tercera Guerra Mundial terminó, todo sin excepción estaba devastado. El mundo entero yacía en penumbras. No había más que muerte y destrucción. Comenzó con el agua. Lentamente ríos y lagos desaparecían; después, y sin que ellos lo notaran, mares y océanos se reducían a desesperanza. Miles de especies de animales comenzaron a extinguirse; todos los árboles, por inmensos que fueran y sin excepción, agonizaban. Todo lo hermoso que alguna vez tuvieron el privilegio de poseer había acabado.

Los pocos sobrevivientes que quedaban en cada parte del mundo fueron refugiados y protegidos mientras se destinaba su futuro. Ya no había más esperanza y lo sabían. Fue ahí cuando ellos aparecieron, sin miedo alguno, para tomar a los sobrevivientes y llevárselos, desatando una última batalla. Murieron muchos, se llevaron a pocos. Mi hermana, siendo una niña, y yo, una bebé, fuimos de esos pocos, pero nuestra madre, en su intento desesperado por protegernos, fue una de los tantos que murieron.

Solas y con miedo. Así fue como entramos a DOM, un gigantesco domo de cristal en el que fuimos refugiados. Nos hicieron creer que nuestro nuevo mundo sería de paz y armonía. Su creador, Nord, nos conmovió con su profundo discurso de bienvenida, beneficiándose de nuestra vulnerabilidad. El domo cerró sus puertas. La producción de oxígeno para los refugiados comenzó. También su martirio: como forma de pago hacia Nord por vivir en su domo, los habitantes debían trabajar sin cesar para él en más de mil formas.

Insisto, yo sólo era una bebé. Qué sabía yo sobre lo que era bueno o malo para mí, si ni siquiera había conocido a mi madre o a mi planeta. O tal vez sí... Tal vez yo, una simple chica de quince años, podría hacer una diferencia...

Mi nombre es Vita Blúmer. Ésta es la historia de cómo conocí a mi planeta.

Mi madre describió el mundo de antes para mí en una pequeña libreta. Ella me narró en un pequeño diario su vida y la de otros en el planeta antes de su extinción. Cada detalle, cada imagen estaban en mi cabeza, podía imaginarlo todo aunque no lo hubiese vivido. Yo lo leía una y otra vez desde muy pequeña. Ahora me doy cuenta de que ese diario cambió mi vida completamente y de distintas formas: yo no sabía que en mis manos poseía un tesoro.

Cada día, a la misma hora, en lo más alto del domo sonaba una vieja y molesta alarma que tenía como objetivo anunciarnos que la hora de comenzar las labores había llegado. Debía ser así, pues no se sabía si era de día o de noche. El domo estaba recubierto por un manto oscuro. La oscuridad al interior nos era iluminada por ciertas clases de luces, provenientes de lámparas. Para mí y el resto, eso era el día y eso era la noche. Definitivamente no era como mamá lo describía en su diario.

Yo vivía con mi hermana, Lina, en una pequeña casa en la que apenas nos podíamos mover. Todos los días nos disculpábamos la una con la otra por los golpes que nos proporcionábamos, se puede decir que era mejor estar afuera y que por eso nos apurábamos en hacer nuestros deberes y alimentarnos. El envío de nuestro alimento llegaba cada semana con cinco latas de comida y tres botellas de agua por familia.

Recuerdo que ese día ni siquiera comí. Estaba ansiosa por iniciar mi siguiente tema en la escuela, de modo que salí rápido de casa.

—¡Nos vemos, Lina! —le grité en cuanto salí corriendo, mientras me sujetaba el cabello—. Al salir me encontré, igual de anhelante que yo, a Eider. Él era mi mejor amigo. Lo conocía desde mi infancia y pasábamos todos los días juntos. Él, al igual que Lina, sabía sobre mi tesoro. Sólo ellos y nadie más.

—¡Hola, Vita! —Me saludó como siempre, sonriente—.

¿Lista para iniciar el nuevo tema? —preguntó, haciendo una reverencia hacia mí, como de costumbre, haciéndome reír.

—¡Pero, ¿qué dices?! Yo siempre estoy lista —le contesté inclinándome hacia él y riendo, por supuesto.

Rápidamente llegamos a la escuela, que no era más que una pequeña habitación: dibujos de los más pequeños pegados sobre las paredes; el piso herido por los constantes impactos de nuestros pies; un pizarrón. Tan sólo eso. Claro que nosotros teníamos asientos y hojas para hacer nuestros apuntes, pero no era como antes, no era como mi madre lo describió, no teníamos esas grandes escuelas ni esas maestras amables, ¡no! Nosotros teníamos a una horrorosa viejecilla malhumorada, pero con tal de aprender a leer, con eso me conformaba, pues todo en DOM era muy pobre y viejo, y lo último que quería era andar vagando por las calles.

La viejecilla comenzó a dar su clase apuntando el tema en la pizarra mientras Eider, mis otros compañeros de diferentes edades y yo, tratábamos de descifrar lo que decía.

—“Lo que había afuera del domo” —dijo, mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro—. Comenzaremos hoy con un tema para todos nuevo y extravagante. ¿Alguien sabe qué había antes afuera del domo? —preguntó, y al ver que un compañero y yo levantamos la mano, con tono aburrido, dijo, señalándolo—: Tú, el de la gorra rosada...

—Mi padre dice que no había más que basura afuera del domo y que aún la sigue habiendo. Dice también que siempre hubo batallas pero que Nord nos salvó de la destrucción.

Contestó erróneamente ese chico. Yo sabía la verdad. Sin embargo, la maestra rápidamente comenzó a hablar, dándole credibilidad a lo que él decía.

—Correcto. Verán, niños, antes de DOM, nada bueno existía, nada era mejor a lo que tienen ahora —nos aleccionaba muy segura de lo que decía, pues ella, por órdenes de Nord, no se atrevía a decir la verdad sino un montón de mentiras.

Así que mientras ella hablaba, respiré profundo y me levanté: —¡No es verdad! —le grité, furiosa—. ¡Nada de lo que

usted dice es cierto! ¡Era un lugar bello, con árboles, agua por doquier, todos eran felices...!

—¡Guarda silencio, Vita! —me gritó la viejecilla, molesta. Caminó hacia mí, me tomó del brazo con fuerza y me llevó afuera—. ¡¿Qué cosas estás diciendo, muchacha tonta?!

—Sólo la verdad —la enfrenté, mirándola directamente a los ojos. Sabía que yo decía la verdad, lo noté porque sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero eso no la detuvo para hacer lo que hizo. Llamó a uno de los guardias que patrullaban la calle, y le dijo que me llevara con Nord, argumentando que yo era una conspiradora.

Parecía una eternidad el trayecto hacia Nord. Entre las estrechas y pobladas calles, y con un vehículo pequeño y lento, tardamos casi una hora en llegar. Por fin llegamos. Recuerdo que ni siquiera tenía miedo de conocer a esa persona, al contrario: me llenaba de curiosidad saber quién era el causante de tantas mentiras.

El lugar donde estaba Nord era grande, espacioso y hasta se veía cómodo, no debía extrañarme que él o sus guardias no sufrieran de hambre y sed. La magnificencia de su gran palacio era testigo del llanto de algunas personas y de otras que, de rodillas, imploraban por su libertad. Tal vez ellos ya habían recibido la tarjeta roja. Eso era lo más probable. La tarjeta roja era un sobre con un nombre escrito dentro. Era una horrible forma de hacerle saber a los mayores que morirían, evitando así la sobrepoblación de DOM. Sólo los mayores la recibían, y eran unos cuantos cada treinta días. La madre de Eider la había recibido hacía dos meses y al siguiente día ya se la habían llevado.

Los ignoré a todos, intentando no traumarme de por vida, y continué caminando.

Al fin llegamos a una puerta gigante con una enorme "D" inscrita en ella. El guardia ordenó a los vigilantes abrir la puerta. Ahí estaba, el temible Nord.

—Bienvenida, Vita —dijo él, dándome la espalda mientras admiraba su ciudad desde el ventanal.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? —le pregunté, curiosa.

—Las noticias corren más rápido de lo que tardaste en llegar aquí, querida —me respondió.

—No soy una conspiradora —afirmé.

—Y no creo que lo seas —dijo, volteando hacia mí.

—¿Y por qué estoy aquí? —pregunté.

—Porque sabes mucho más que todos... ¿árboles, agua? ¿Quién te habló de eso? —preguntó, pero yo no iba a poner en peligro el diario de mi madre, así que bajé mi cabeza y no contesté—. Ven aquí, Vita —me dijo, extendiendo su mano hacia mí. Yo, con temor, caminé hacia él. Me tomó de los hombros y volteó mi cara hacia el ventanal, sujetando mi barbilla—. Esto puede ser tuyo algún día —me afirmó—. A todos les he prohibido hablar sobre lo que hay afuera, pero tú de alguna forma lo sabes y no temes hablar. Eres valiente, arrogante... eres tan parecida a mí —me dijo con total seguridad que casi lo creí. Yo me aterrqué, no quería ser como él, no quería gobernar DOM como él lo hacía.

Salí corriendo de ahí y él me dejó ir. Mientras corría por la casa de Nord, recuerdo haber visto una enorme puerta abrirse, emitiendo el resplandor de una luz muy brillante. Eso hizo que me asustara aún más y siguiera corriendo hasta llegar a casa, más rápido de lo que creí.

Ahí se encontraban Lina y Eider, preocupados por mí. Me miraron y corrieron a abrazarme.

—¡Por dios! ¡Vita, ¿estás bien?! —preguntó mi hermana.

—Estábamos preocupados —dijo Eider.

—Estoy bien —respondí—. Sólo me llevaron a conocer a Nord.

—Eider me contó lo que había sucedido —dijo Lina—. ¡¿Por qué hiciste eso?! ¡¿Por qué hablaste sobre afuera si sabes que está prohibido?! —me preguntó, molesta.

—¡Cuántas veces lo debo decir, es sólo la verdad!

—Basta, Vita, no lo es, ya nada de eso existe —respondió con desesperanza—. ¿Eider, puedes salir de aquí por favor?

—Estaré afuera, Vita —me dijo él, pensativo y nervioso.

—No puedes leer más ese diario, ya sabes demasiado —advirtió Lina, los ojos inundados de lágrimas.

—¡Tú sí la conociste! —arremetí—. ¡A mamá, tú conociste todo eso, conociste los grandes árboles, los animales, los ríos, tú sabes qué había afuera, yo no, yo jamás vi a mi mamá, nunca la conoceré, jamás vi la naturaleza... una tonta libreta que me habla de ambas, eso es lo único que tengo! —le dije, antes de salir de casa.

Afuera estaba Eider, esperándome sentado en la acera. Me senté al lado suyo. Hablamos por un rato de lo que pasó, de Nord y de cómo era él.

—¿Tú crees en mí? —le pregunté a Eider, pero él me miró con desconfianza.

—No lo sé, yo tampoco lo vi, el mundo de afuera. Es difícil confiar en un cuaderno.

Lo miré, tomé su mano y lo llevé a un lugar secreto, debajo de mi casa, construida con madera vieja. Había una abertura hacia el fondo formando un hoyo al que se podía acceder. Quité una gran pieza de madera. Entramos.

—¿Qué tal ahora? —le pregunté, señalando algo que para mí era lo más hermoso que había visto en mi vida. Era una planta pequeña y verde, de apenas unos centímetros.

Eider se acercó a ella y se sorprendió: —¿Qué es? Jamás había visto algo parecido.

—Un retoño. Se volverá un gran árbol dentro de poco, mi mamá me dejó un par de semillas en el diario y me dijo qué hacer. Sólo hay que ponerle agua. Esta planta es especial, no le pasa nada si no hay sol.

—¿Sol? —preguntó, curioso, y yo reí. Le hablé más acerca de las plantas y todo lo demás. Finalmente, él me creyó.

La alarma que nos indicaba la hora de apagar las luces de las calles, anunciando, en consecuencia, la hora de dormir, había sonado. Me despedí de Eider, él volvió a su casa y yo volví a la mía. Esperaba que mi hermana se hubiera calmado, pero no esperaba lo que pasaría.

Entré. Lina estaba sollozando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, sólo ve a dormir, ¿quieres? —me dijo, secando sus lágrimas.

Aunque ella intentó esconderlo, alcancé a verlo: era un sobre rojo. Comencé a llorar, aterrada, preguntándome si sería para Lina.

—¿Para quién es eso?! —pregunté llorando. Lina no me contestó, sólo corrió hacia mí y me abrazó con fuerza. Yo hice lo mismo.

Después nos tranquilizamos y nos sentamos. Sobre la mesa estaba el sobre rojo; sobre nosotras, un silencio absoluto.

—Vendrán en la mañana por una de las dos —dijo fríamente, aunque comprendí que eso era la realidad—. Es mejor saberlo ahora —comenzó a llorar y tomando el sobre, lo abrió y leyó el nombre. Lloró aún más. Cubrió su boca con la mano.

—¡No pueden hacerte eso, tú aún no eres mayor, sólo tienes veinticinco! —le dije. Lina era la mayor de las dos y deduje que el sobre era para ella, pero me equivoqué.

—¡Vita Blúmer! —me dijo, mostrándome el sobre que tenía mi nombre.

Me quedé pasmada, mi mente en blanco sólo tenía esa imagen.

—¡No! —gritó una y otra vez—. ¡No puede hacerte esto! ¡Él no puede!

—Claro que puede, de él es todo esto, él puede hacer lo que quiera —le afirmé.

Ella pensó por un momento y segura, me dijo: tienes que irte.

Yo la miré, una parte de mi sabía que eso era lo correcto, pero la otra sabía que Nord no me asesinaría, que quería algo más de mí.

—No hay adónde ir —le dije, aceptando lo que Nord quería de mí.

—Sal de aquí —me miró y me mostró el diario de mamá—. Si mamá tenía razón, hay algo más afuera.

—¿Cómo esperas que salga?!

—En el lugar adonde te llevaron debe todavía haber una puerta para salir... fue por donde entramos hace catorce años, aún lo recuerdo —aseveró Lina mientras corría ella a la alacena y metía en una bolsa un par de latas de comida y una botella de agua. Me la entregó con los ojos llenos de lágrimas—: Toma. Es poco, trata de racionar, quédate cerca del domo.

—¿Qué harás tú? —le pregunté.

—Saldré en cuanto pueda, lo prometo.

Me abrazó con fuerza. Luego, ambas tomamos un abrigo y una lámpara. Salimos. La ciudad estaba en completa oscuridad, yo sentía miedo de salir y dejar a Lina y Eider solos. Al fin, y luego de una hora de recorrido, llegamos. Estaba poco iluminado. A lo lejos se veía un par de guardias que estaban dormidos.

—Es hora —le dije—. Dile a Eider que volverá a verme, que lo tenga por seguro... ¡Ah! Y que le ponga agua a mi árbol.

—¿Sabes dónde, cierto? —me preguntó, y yo asentí con la cabeza. Ella me abrazó y respiró profundo. —Estarás bien —susurró—. Hagas lo que hagas, no mires atrás ni vuelvas.

Hice lo que me pidió, no miré atrás, caminé escondiéndome de los guardias hasta que ella comenzó a gritar. ¡Auxilio!, gritó una y otra vez para llamar la atención de los guardias. Los que estaban en la puerta y los que estaban adentro salieron a ver lo que ocurría, dejaron la puerta libre y pude entrar. Pero volteé y uno de los guardias pudo verme. Todos corrieron tras de mí. Me aterré y comencé a correr, no recordaba la puerta, corrí en círculos, no podía ver nada porque estaba casi oscuro. Hasta que me topé con alguien cara a cara...

Era Nord. Me miró y yo lo miré a él, recuerdo no tener más miedo, creí que me asesinaría o algo peor, pero él sólo dijo "Es por allá", señalando la puerta. Corrí aún más asustada pensando en Nord y en lo que habría detrás de la puerta. Escuché a los guardias tras de mí. Abrí la enorme puerta con

mucho esfuerzo. Todo ahí estaba completamente oscuro, pero aun así corrí.

Había unas cosas que golpeaban mi cara, se sentía como un montón de picaduras ásperas que me lastimaban. Lo último que recuerdo es el sonido de mucha agua cayendo, y yo, al igual que ella, caía mientras pensaba que era el final.

Pero no fue así. Desperté en el suelo, a la orilla de un lago. Aún escuchaba el agua caer. Sonreí. Acostada, tomé la tierra entre mis manos, las lágrimas brotaban otra vez, sabía que mi madre tenía razón, que siempre la tuvo. Me recosté boca arriba y ahí estaba, era el sol. Cerré mis ojos y lo disfruté. Reía y reía, estaba completamente feliz, me levanté y miré a mí alrededor, había árboles, como lo dijo ella, aves en el cielo haciendo tanto ruido, todo olía bien, fresco, vivo. Entré al lago y jugué con el agua, también disfruté eso, estaba llena de completa felicidad.

Fue en ese momento cuando todo cambió. Sabía lo que debía hacer, tenía que volver con respuestas, ahora sabía lo que Nord necesitaba de mí: mi ayuda, y tenía que hacerlo, decirles que podían salir, comenzar de nuevo, yo debía comenzar de una vez, por mí, por Lina, por Eider, por todos.

Entonces, recordé mi diario. Lo busqué en mi bolsillo y no estaba, creí que lo había perdido, pero me di la vuelta hacia la orilla del lago y ahí estaba, junto con mis otras cosas. Lo levanté y estaba arruinado, pero aun así ya sabía todo lo que debía saber. Lo observé para ver si algo había rescatable, y fue ahí cuando lo descubrí.

Debajo de una de sus pastas había una inscripción, quité la hoja que lo cubría y la leí:

“Cariño, tú no pudiste ver lo que nosotros, tú no sentiste lo que perdimos. Eres muy pequeña, pero sé que esto lo sentirás con más fuerza y sabrás valorarlo. Ojalá y las cosas fueran diferentes. Con amor, tú papá, Nord Blúmer”.

Y fue cuando todo cambió.

Para cualquier información adicional, material o asesoría,
favor de comunicarse a la
Dirección de Cultura Ambiental
de la Secretaría de Medio Ambiente
al teléfono (844) 111-19-69,
o escriba al correo electrónico: cultura.ambiental@sema.gob.mx
o visite la página electrónica de la Secretaría de Medio Ambiente:
www.sema.gob.mx

Coordinación General de Bibliotecas,
Publicaciones y Librerías
Blvd. Francisco Coss y Purcell s/n, Zona Centro C.P. 25000,
Saltillo, Coahuila
cbibliotecas@gmail.com
Tel. (844) 414-4989, 412-6301